

Un documento latino que no ha llegado hasta nosotros, titulado Gesta Francorum (Hechos de los francos), pero que Turoldo, el autor de la Chanson de Roland, cita insistentemente para demostrar la veracidad de lo que cuenta en este poema, destacaba, sin duda, a Roldán sobre los demás combatientes de Roncesvalles e idealizaba la campaña de Carlomagno en tierras de infieles. Este relato con pretensiones de histórico debió de ser uno de los pasos más decisivos en la formación de la leyenda de Roldán, como demuestra el hecho de que Turoldo se sirviese tanto de él. Era un documento político, de carácter civil, como los dos anteriormente citados y puesto que no lo conocemos directamente, es difícil pronunciarse sobre la fecha en que debió ser escrito. No debía ser, sin embargo, muy anterior ni muy posterior a la Vita Sancti Egidii (Vida de San Gil), un escrito eclesiástico del siglo X en el que se afirma que San Gil, que a la sazón se encontraba en Provenza, fue milagrosamente arrebatado por un ángel para que pudiese presenciar la rota de Roncesvalles y dar, posteriormente, testimonio de la heroicidad de los francos. La Iglesia termina, pues, de convertir los hechos históricos en legendarios e introduce en ellos lo que los críticos literarios llamamos lo maravilloso cristiano. Y es también la Iglesia la que continúa desarrollando la leyenda, como demuestra el Liber Sancti Iacobi (Libro de Santiago), uno de cuyas copias, el Codex Calixtinus, he podido manejar con veneración en la Catedral de Compostela. Se trata de una guía, geográfica y espiritual al mismo tiempo, de la célebre peregrinación al sepulcro del Apóstol, y su cuarta parte se titula Historia Karoli Magni et Rotholandi, es decir, Historia de Carlomagno y Roldán, y su redacción se atribuye al arzobispo Turpín, que fue, según Turoldo, uno de los que combatieron y murieron en Roncesvalles pero al que el autor de este texto latino da por superviviente. Esta historia fue escrita en el siglo XI o principios del XII, de manera que lo mismo puede ser un precedente de la Chanson de Roland que un escrito contemporáneo de ella. Yo me inclino hacia esta segunda posibilidad porque tanto la Historia como la Chanson parecen ser, entre otras cosas, dos escritos de propaganda dirigidos a los peregrinos de una época en que los gallegos tenían que su ya secular afluencia se desviase hacia la recién conquistada Tierra Santa y querían presentar, para evitarlo, a la ruta jacobea como casi tan llena de prodigios - y desde luego menos peligrosa- que la del Oriente. Los peregrinos, en efecto, no sólo pasaban por Roncesvalles, donde todavía he podido ver uno de los hospitales en que eran alojados, sino por otros lugares en los que estaban expuestas a su veneración las reliquias de Roldán y de otros de los héroes del célebre combate, a los que ya se presentaba como predecesores de los cruzados.

Es posible que, paralelamente a estos escritos latinos, se compusieran relatos en verso que habrían corrido de boca en boca a lo largo del Camino de Santiago. Es posible -y no es este el lugar para examinar la larga polémica suscitada por esta suposición- pero ninguno de ellos, ni siquiera una noticia contemporánea, ha llegado hasta nosotros. Sí ha llegado, en cambio, uno de los más bellos monumentos literarios de todos los tiempos, la Chanson de Roland, es decir, el Cantar de Roldán, escrito, con toda probabilidad, a principios del siglo XII, poco después de haber sido conquistada Jerusalén por los cruzados. Su autor fue Turoldo, un monje guerrero que vivió en la Aquitania y en Gran Bretaña y que usó, al escribirlo, el idioma anglonormando, que era el que hablaban en aquella isla los franceses que la habían conquistado el siglo XI.